

Identidad y Desarrollo¹

Freddy Fortoul Villavicencio²

Introducción

En las postrimerías de un siglo que muere y en el despuntar de otro que nace, los países no escatiman esfuerzos para que sus sociedades alcancen objetivos que justifiquen su existencia. Los caminos seguidos responden a ritmos y planificaciones disímiles, no obstante,

independiente de las modalidades seguidas se impone el consenso en el alcance de formas más altas de desarrollo de la civilización. Los intentos han sido muchos, y la mayor parte de las veces los resultados no correspondieron a lo que se esperaba. Esos muchos intentos se reconocen dentro de una categoría que los comprende, la cual le permite una identificación en función de los objetivos que persiguen, además de las formas que se asocian a su implementación. En gran parte de la segunda mitad del siglo XX, los esfuerzos por lograr el desarrollo se han inscrito en, por lo menos tres paradigmas, que por razones convencionales y arbitrarias denominaremos: Paradigma de las precondiciones sociales del desarrollo económico; Paradigma de la Estratificación Internacional y el Paradigma de la Modernización y el Modernismo.

En el presente trabajo se propone el surgimiento de un nuevo paradigma cuyo nombre aún está por determinar, el cual intenta recoger lo rescatable de los otros paradigmas, superar los puntos de crítica o inadecuación y entregar nuevas interpretaciones, a través de una teoría para el análisis dialéctico de la vida práctica. En este intento juega un rol clave la noción de identidad, la cual surge a la luz de las relaciones intersubjetivas como un proceso permanente de invención de la sociedad que procesa sus tendencias internas y asimila las influencias externas, combinándolas, recreándolas y transformándolas en una síntesis animada, inimitable y jamás concluida.

¹ Proyecto FONDECYT N° 193/0348.

² Sociólogo. Magister en Ciencias Sociales. Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile.

Paradigmas del desarrollo

Si detenemos el tiempo en la década de los años cuarenta, abriendo una ventana al mundo, nos encontramos que países como los Estados Unidos de Norteamérica encabezan la jerarquía de países que han logrado más éxito en sus propósitos, surgiendo desde allí la iniciativa de señalar un modelo para aplicar a aquellos países que se encontraban más distantes en alcanzar las metas del desarrollo. Es conocido que tales esfuerzos se plasmaron en lo que se ha denominado el Paradigma de las precondiciones sociales del desarrollo económico, paradigma en el que encontramos las ideas de economistas, sociólogos, antropólogos, psicólogos sociales y científicos políticos.

Varios aspectos sociales se consideraron relacionados al desarrollo económico ya sea como precondiciones o consecuencias de tal desarrollo. Es así como surgieron requisitos del sistema socio-cultural, del sistema social y del sistema socio-psicológico, los cuales apuntaban a lograr integración social, mayor valoración de la acción racional en comparación con otros tipos de acción (tradicional, emocional), alta creatividad, motivación de logro, alta capacidad empática y bajo "efecto de demostración" respecto a patrones de consumo, entre otros.

Sin ir más lejos, encontramos subyacentes a estas precondiciones, el sistema de imperativos funcionales para todos los sistemas de acción³. Durante este período, los sistemas de acción fueron conceptualizados por tener cuatro problemas de supervivencia, o requisitos:

Adaptación, el que implica el problema de asegurar desde el medio, suficientes recursos y distribuirlos a través del sistema. Logro de Metas: referente al establecimiento de prioridades entre las metas del sistema y la movilización de los recursos para alcanzarlas. Integración: que trata de la coordinación y mantención de las interrelaciones viables entre las unidades del sistema. Latencia, que abarca dos problemas relacionados: mantención de normas y manejo de tensiones. El mantenimiento de normas, se refiere al problema de cómo asegurar que los actores en el sistema social desplieguen las características apropiadas (motivos, necesidades, etc.). El manejo de tensión concierne al problema de trato con las tensiones y estímulos de los actores en el sistema social.

Todos estos requisitos estaban conectados a un modelo lineal de desarrollo ideado por el economista W.W. Rostow, reconocido como el modelo de las cuatro etapas, en el que se distinguen las etapas de las precondiciones sociales y económicas del desarrollo; el take-off (despegue); la consolidación de la economía y la etapa del consumo masivo.

La aplicación del modelo a las sociedades de los países considerados como tradicionales generó en la década de los 50 muchas expectativas enlazadas al éxito del proyecto, puesto que todos, unos más u otros menos, cumplieron con los requisitos que exigía el modelo: "urbanización"; "alfabetización"; "inversión"; "democracia", etc. Sin embargo, no se produjo el despegue esperado, lo que concitó un proceso expansivo de frustración de expectativas, el cual se manifestó en rebeldía con distintos grados de violencia por todo el mundo.

³ Talcott Parsons (1951). "The Social System". The Free Press. USA.

Como es natural, las evaluaciones del impacto del proyecto no se dejaron esperar, surgiendo como una de las razones principales «los obstáculos al desarrollo» existentes en las sociedades particulares. Conjuntamente se levantaron voces dentro de los que sostenían el paradigma, para criticar las acciones emprendidas y proponer mecanismos correctivos.

Entre las críticas, la más fuerte fue la del carácter ahistórico de esta concepción mecanicista. La renuncia a la historia es a la vez la renuncia a la razón. Sin embargo, paralelamente surgieron interpretaciones que superaron considerablemente este mecanicismo económico.

En los años 50 se elaboraron nuevas líneas de interpretación del desarrollo, las que permitieron pasar a una concepción más bien histórica del problema. Por una parte, están las planteadas por la CEPAL, que enfatizando el concepto de crecimiento económico autosustentado, lo presenta como un concepto específico. El salto hacia el desarrollo se vislumbra como un problema radical, que compromete todas las estructuras sociales.

Pero la CEPAL habló más de los factores sociales del desarrollo, y menos de la relación de toda la estructura social con la estructura económica. Fue el aporte del instituto DESAL, el que consiguió ampliar la idea de los factores sociales del desarrollo económico hacia un concepto de estructura social autónoma, sin la cual el desarrollo económico no podía existir.

Los intentos de quebrar el paradigma vinieron preferentemente de estudiosos de fuente marxista (deterministas económicos;

humanistas marxistas; estructuralistas marxistas). La idea central fue que ningún país puede ser considerado como una entidad aislada en el mundo actual y que los problemas del desarrollo deben ser estudiados en el marco del sistema internacional y no dentro de los estrechos límites de la nación. Las pautas de relaciones internacionales que prevalecen contemporáneamente e históricamente, tienen efectos sobre el proceso de desarrollo y la conformación del subdesarrollo.

Las estructuras facilitadoras o inhibidoras del desarrollo, las modalidades concretas que asume el desarrollo o subdesarrollo, y los agentes sociales con capacidad e interés por orientar ese proceso en la dirección adecuada, están determinados por las formas de inserción del país en el sistema de relaciones internacionales. La posición de un país en ese sistema se define por las características de su esfera económica, que establecen su carácter dominante o dependiente.

Se sostuvo que, al proveer los países dominantes modelos de referencia para las naciones dependientes, éstas experimentarían dos efectos: 1) el efecto de fusión, es decir, estas naciones buscan alcanzar una mezcla original de los sistemas capitalista y socialista; y 2) el efecto de compresión, o sea, buscan una ruta más corta al desarrollo que el largo camino seguido por las naciones avanzadas. La dependencia asume formas concretas y diversas, según las formas de articulación que en un momento histórico se dan entre los países dependientes y los centros, por lo que el verdadero desarrollo requiere cambios radicales en las relaciones económicas y políticas internacionales, y en las estructuras internas de las sociedades dependientes.

Estos planteamientos encontraron su correlato en algunas sociedades que experimentaron durante la década del sesenta la frustración de las expectativas de desarrollo impulsadas en la década anterior, y se pudo constatar la existencia de brotes de rebelión lo que derivó en grandes inestabilidades para los países afectados.

Las relaciones de dependencia en lugar de desaparecer adoptaron nuevas modalidades, abandonando las groseras formas de explotación económica, para reemplazarlas por sutiles y complejas relaciones difíciles o imposibles de combatir. La nueva forma de la dependencia se basaba en la explotación relativa y en el aumento de la productividad; este nuevo carácter de la dependencia no chocaría con el desarrollo económico de las economías dependientes (Cardoso, F.H.1972). Estas consideraciones permiten señalar que existe, simultáneamente, un proceso de dependencia y de desarrollo capitalista. Surgen las primeras críticas internas al Paradigma de la Estratificación Internacional.

De pronto, arrecia con fuerte presencia una andanada de críticas a este paradigma, como también, al que hemos denominado precondiciones sociales del desarrollo económico. Estas críticas apuntan básicamente al carácter lineal y fuertemente centrado en indicadores sociales objetivos, y sugieren la preocupación de un cambio de orientación hacia la incorporación de los aspectos objetivos (de la estructura social), y subjetivos (disposicionales) de los individuos ligados a los procesos de desarrollo.

Marans y Rodgers (1975) sostienen que, sólo cuando las medidas objetivas en torno al desarrollo comienzan a tener significado

humano, proporcionan una guía confiable para tal proceso. De estas críticas, más las reflexiones y propuestas teóricas que hacen diversos estudiosos, emerge lo que podemos denominar un nuevo paradigma, centrado en dos conceptos básicos: Modernización y Modernismo. La distinción entre lo «Tradicional» y lo «Moderno», utilizada como herramienta metodológica para derivar aspectos sociales que obstaculizan o favorecen el desarrollo económico, pasa a ser un instrumento teórico.

La modernización se entiende, como un proceso global de cambio social, donde el desarrollo económico es sólo una parte. La diferencia no reside en la "existencia de instituciones modernas", sino en el modo de integración de la sociedad total, que supone un modo diferente de organización económica, social, y principalmente, política. La modernización es usada aquí para designar transformaciones socioculturales, que resultan de factores y procesos que son distintivos del mundo industrial contemporáneo. La modernización es evolutiva en la medida que las estructuras y pautas básicas son cualitativamente alteradas.

En consecuencia, la noción de modernización tiene un carácter de proceso continuo, cuyo análisis debe ser efectuado en término de las propiedades que permiten describir un proceso: velocidad y coherencia. No hay interés por definir etapas de ese proceso, sino más bien por establecer los mecanismos de ajuste al cambio permanente, y por mantener un ritmo razonable de cambio. La unidad básica de análisis para este paradigma, en cuanto a la noción de modernización es, «el sistema social».

Al interior de esta corriente teórica, surge la noción de modernismo, para referirse a los rasgos

psicosociales que definen a un cierto tipo de individuo cuyas características de personalidad parecen lógicamente compatibles con el proceso de modernización. Esas características tienen que ser representadas por indicadores para así poder medir este concepto. La unidad básica de análisis, en cuanto a la noción de modernismo, es el individuo o conjunto de individuos pertenecientes a una categoría social determinada (estrato o clase social, grupo ocupacional).

Las relaciones entre ambos conceptos, Modernización y Modernismo, se exploran teórica y empíricamente. La modernización se aproxima al concepto de desarrollo y junto con él, es objeto de discusión respecto a la posibilidad de construir modelos únicos o coyunturales de este proceso. El modernismo no está correlacionado con la modernización, puede variar con independencia del proceso societal global y afectando, positiva o negativamente a éste, o bien siendo sus dimensiones afectadas por este proceso global.

Pareciera que la modernización coincide con el proceso necesario para alcanzar metas, tales como las previstas en el esquema del desarrollo planteadas por W. W. Rostow. La modernización es entonces, el progreso hacia esa meta. Por otra parte, el modernismo representa lo nuevo que constituye el aporte del paradigma de la modernización y el modernismo, en cuanto a la incorporación de los aspectos subjetivos-disposicionales en la preocupación por el desarrollo de las sociedades.

Esto significó que surgiera una gran cantidad de estudios teóricos y empíricos de ambos temas. Los relacionados a la Modernización ratificaron lo expuesto en el paradigma de las condiciones sociales del desarrollo económico,

(D. Lerner, 1964; D. Reisman, 1964; R. Bendix, 1967; y Weinberg, 1969) y, los centrados en el tema del Modernismo⁴ tuvieron su máximo exponente en A. Inkeles (1969), quién sostuvo que existe un hombre moderno identificable empíricamente, cuyas características forman un síndrome. A. Inkeles condujo un ambicioso estudio en seis naciones, de hombres en diferentes ocupaciones, encontrando una considerable covariación entre las dimensiones del modernismo dentro de cada país.

Estos aportes enfatizan los aspectos subjetivos-disposicionales. Al margen de contribuir a incorporar la preocupación por estos aspectos, dinamizan el crecimiento sostenido del interés por los indicadores subjetivos, hasta llegar a constituir un movimiento de corte académico de indicadores sociales, especialmente de los llamados indicadores sociales subjetivos. Autores como Andrew y Withey (1976) prefirieron llamarlos «Percepciones de Bienestar», que contribuyeron a entregar una base de datos que permitiría comparaciones con medidas posteriores para entregar información sobre la distribución de las percepciones a través de la sociedad, y sobre la estructura e interdependencia de esas percepciones. Estos indicadores además, ayudan a comprender cómo las personas evalúan y sienten en relación a áreas de la vida tales como la familia, el trabajo, la vivienda, el vecindario, etc., y cómo las personas combinan diferentes sentimientos en una evaluación global del valor de la vida.

⁴ Dimensiones del Modernismo: 1) Apertura a nuevas experiencias; 2) Creciente independencia de la autoridad de figuras tradicionales; 3) Creencia en la eficacia de la ciencia y de la medicina; 4) Ambición (educacional y ocupacional) tanto para ellos como para sus hijos; 5) Valoración de la planificación y del tiempo; 6) Interés y actividad en los asuntos cívicos y comunitarios; y, 7) Abiertos en cuanto a interés por las noticias.

Estos aportes a la teoría del desarrollo conducen a perfilar y enfatizar el tema “Calidad de vida”, el que ha llegado en las últimas décadas a ocupar el centro del interés teórico y práctico en los estudios sobre Desarrollo, además, de constituir un complemento con el tema del «Nivel de Vida», interés del paradigma de las precondiciones sociales del Desarrollo Económico, configurando así la relación:

Nivel de Vida = Crecimiento Económico
Calidad de Vida = Nivel de Vida +
Percepciones de Bienestar

Hacia un nuevo paradigma

En el presente, a mi juicio, tiene gran impacto teórico la obra del sociólogo alemán J. Habermas (1989) en relación a la temática en cuestión. Habermas se introduce en los paradigmas, hurgando dentro de ellos para de este modo tomar lo que puede servirle en su construcción de una teoría que dé una respuesta alternativa a la, ya perenne, preocupación por la emancipación humana, para así recuperar el destino natural del hombre en cuanto a su realización como tal. El autor sostiene que el ascendente nivel de vida de las sociedades avanzadas ha modificado el carácter de la opresión de maneras no totalmente previstas por Marx. Cada vez más la opresión consiste en coacciones psicológicas y éticas, y no en privaciones económicas, y por lo tanto se puede presumir que la imposición de un sistema de Estado de Bienestar en escala internacional amenaza con llevar a nuevos ámbitos de la vida el entramado de los principios del capitalismo y el pensamiento utilitario, haciendo sumamente difícil de obtener la emancipación humana.

Todos los esfuerzos emprendidos por los países desarrollados para alcanzar el desarrollo y hacer viable el bienestar para los países dispuestos a iniciar el desafío, chocaron con diferentes obstáculos a sus propósitos, lo que en definitiva malogró esos esfuerzos. Les llamaron simplemente «obstáculos al desarrollo...», en cambio, los países que no lograron su objetivo respondieron con la acusación al fuerte carácter etnocéntrico de los programas de desarrollo impulsados por los países desarrollados.

Tanto los argumentos de unos como de otros tuvieron parte de razón, sin embargo no abordaron el problema de fondo. Se enfatizó la metonimia del problema (lo superficial) descuidándose la metáfora o el problema interno y profundo. Es aquí donde adquieren relevancia las ideas de Habermas. La distinción conceptual básica que traza Habermas en su obra sobre la cultura, diferencia la “acción racional intencional”, por un lado, y la “acción comunicativa”, por el otro. La acción racional intencional se caracteriza por su orientación utilitaria con respecto al ambiente material; le interesa transformar manipulativamente a dicho medio. Esta acción se refiere a lo que comúnmente se conoce como “trabajo” o “labor”. Una actividad puede caracterizarse como trabajo si está dirigida al mundo físico y lo trata como un medio que conduce a un fin, y no como un fin en sí mismo: como un objeto que hay que manipular para la obtención de alguna meta. Habermas también incluye en esta categoría de acción a cualquier tipo de conducta con respecto a otras personas, primordialmente interesadas en organizar sus relaciones con el mundo material de un modo utilitario. Por ejemplo, dirigir una fuerza de mineros constituye un caso de acción racional intencional, tanto como el acto mismo de extraer mineral de la mina. La razón de que se diga que esta clase

de conducta es “racional”, reside en que ella es organizada y evaluada de acuerdo con un tipo particular de criterios. Puesto que la meta de tal acción es la manipulación del mundo material, uno de los criterios más claros para la evaluación plantea si los medios particulares elegidos son los más eficientes para lograr la meta de que se trata. Un segundo criterio indaga si los medios elegidos son coherentes entre sí. Este criterio se refiere a la cuestión de si las diversas actividades que deben reunirse para alcanzar un objetivo son o no mutuamente compatibles; también concierne al tema de sí en las organizaciones de esas actividades se invocan algunos principios. Si las acciones están racionalmente organizadas en concordancia con estos dos criterios, el resultado debe ser una conducta o un conocimiento útil para alcanzar las metas.

Gran parte del saber producido en la sociedad moderna es conocimiento racional intencional, que consiste en información fáctica acerca del mundo material, en información técnica sobre la eficiencia y la efectividad de las técnicas alternativas para la manipulación del mundo, y en ideas administrativas concernientes al mejor modo de tomar decisiones técnicas y de organizar a las personas con metas utilitarias. El conocimiento de este tipo es considerado “verdadero” si realmente “funciona” o “trabaja” en la manipulación del mundo material. Ese es el criterio de verdad utilizado para juzgar el conocimiento de las ciencias sociales que se produce y aplica en el escenario de la preocupación por el “desarrollo”.

Habermas, reconoce la enorme contribución que el conocimiento racional intencional le ha aportado al desarrollo de la civilización moderna, y no ve ninguna posibilidad de hacer que se reviertan los progresos realizados, ni tampoco desea que esto

ocurra. Sin embargo, cree que en la sociedad moderna hay serios problemas que no pueden abordarse enteramente sobre la base del conocimiento racional intencional. Por cierto, el intento de hacerlo sólo perpetúa y profundiza la severidad de tales problemas. La fuerza motivante del trabajo de Habermas tiende a hallar algún modo de volver a armar las partes deterioradas de la modernidad. (Honneth y otros, 1981), es decir, de redescubrir formas de vivir juntos en armonía y mutua dependencia, respetando la autonomía de los individuos, pero sin sacrificar los avances de la tecnología moderna.

Así, respetando y aceptando las limitaciones de la acción racional intencional que es muy afín a la idea weberiana de la racionalidad funcional, prefiere optar por su intuición, que para él es, que la clave para avanzar más allá de las limitaciones del conocimiento racional intencional consiste en concentrarse en la Comunicación. A su modo de ver, es «la trama de relaciones intersubjetivas» entre las personas lo que hace posibles tanto la libertad como la mutua dependencia, y esta trama de relaciones está necesariamente involucrada en la distribución de los productos del trabajo, así como también en la provisión de las bases a partir de las cuales se derivan e internalizan los valores, y de las condiciones necesarias para llegar al consenso acerca de las metas colectivas. De este interés surge el énfasis en la distinción entre la acción racional intencional y la acción Comunicativa.

La acción comunicativa no es evaluada siguiendo los mismos criterios con los que se evalúa la acción racional intencional, su validez no puede estimarse examinando si el mundo de los objetos materiales fue manipulado con éxito, sino que depende de que los individuos puedan o no expresar sus intenciones a los otros

verdaderamente y sinceramente, y de que los actos de comunicación intentada expresen o no con exactitud el consenso de fondo que existe entre los actores en cuanto a las normas de la comunicación. La acción comunicativa es gobernada por reglas implícitas que rigen la articulación del conflicto, por cosmovisiones o pautas de pensamiento, y por los autoconceptos de los grupos e individuos. Esta es la materia prima de la que la cultura está compuesta primariamente, y gran parte de nuestro esfuerzo se orientará a describir el carácter y funcionamiento del fenómeno de producción cultural vinculado al Desarrollo.

El escenario adecuado, para que se genere esta producción cultural lo proporciona la comprensión intersubjetiva que las personas comparten al interactuar entre sí. En esas interacciones, lo que interesa son los resultados de la acción comunicativa socialmente significativa entre individuos que comparten intereses comunes, además de algún grado de información compartida, pues esas mismas personas pueden llevar a cabo interesantes interacciones a través de acciones comunicativas socialmente interesantes, pero socialmente no significativas.

Producción de identidad y afianzamiento de la diversidad

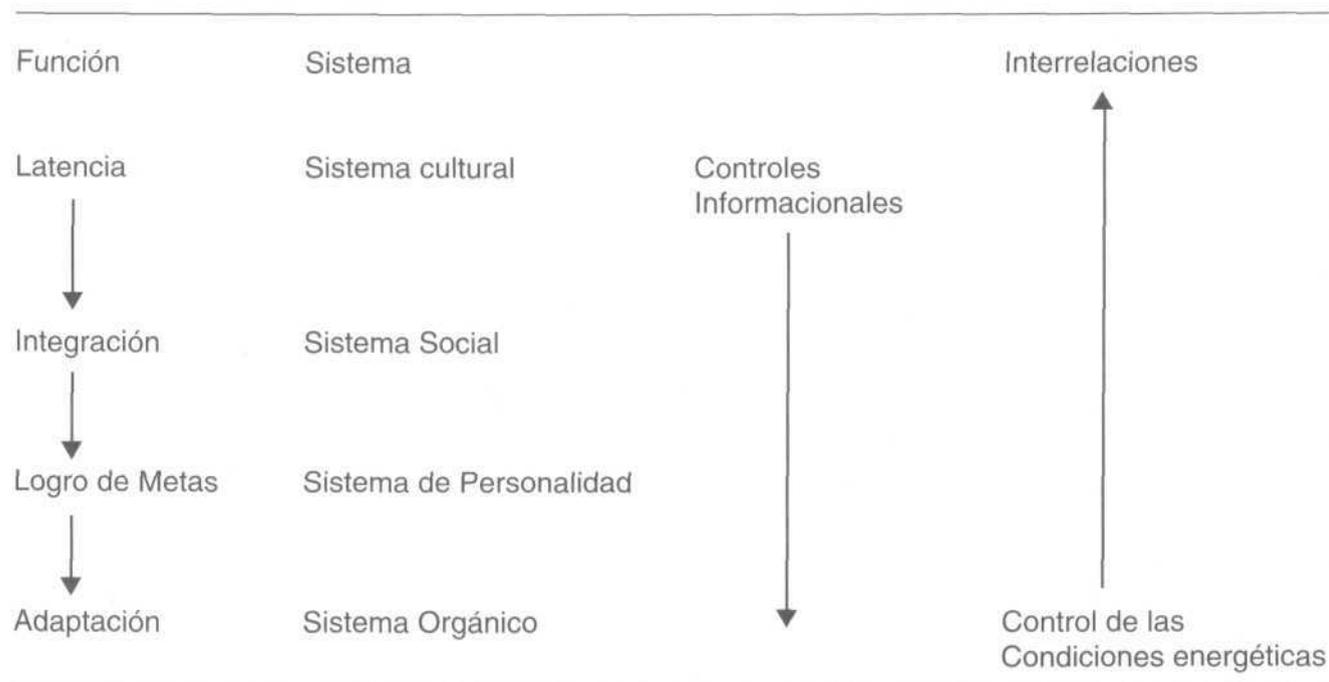
La diversidad es combustible de vitalidad y creatividad para el desarrollo. Su fuente nutricia es la identidad, no como patrimonio codificado, sino como permanente invención de la sociedad que procesa sus tendencias internas y recibe y asimila las influencias externas. Las combina, las recrea y las transforma, no como actitud contemplativa hacia un pasado estático, de grandes o pequeñas tradiciones, sino como una

síntesis animada, inimitable y jamás concluida. En esos términos, la identidad es condición de progreso de personas, grupos y sociedades (PNUD, 1994). El origen y el destino común de la humanidad deben sustentar la pluralidad como forma de convivencia. Un mundo interdependiente necesita valores comunes articulados con las especificidades de las naciones, etnias y las regiones.

La invención permanente de las sociedades descansa en última instancia en la producción cultural, la que es posible gracias a la acción comunicativa socialmente significativa que comprende los imperativos funcionales (AGIL), planteados por T. Parsons. Toda sociedad tiene, además, de las metas propias por ser un tipo de sistema, (de lograr estabilidad interna, crecimiento y adaptabilidad), otras metas que van surgiendo y que constituyen los mecanismos que sirven para poner en marcha los procesos que convergen en la creación de la diversidad e identidad de las sociedades. Se ha dicho que una de esas metas es la búsqueda del Desarrollo. Sin embargo, a todas luces esa meta no se ha alcanzado, a pesar de los esfuerzos que se han hecho y las razones del fracaso la hemos enunciado.

No obstante, es imperativo rescatar algunas contribuciones de Parsons, especialmente aquellas referidas a la jerarquía cibernética de control que afecta a los subsistemas sociales. En efecto en dicha jerarquía encontramos en el nivel superior el subsistema cultural, seguido del subsistema social, el de personalidad y el del medio ambiente, estableciéndose entre ellos un flujo de control informacional desde arriba hacia abajo y un flujo de energía desde abajo hacia arriba, como podemos observar en la figura 1.

Figura 1. La Jerarquía Cibernética de Control



Cada subsistema cumple funciones especializadas, pero en conjunto estas funciones básicas desempeñadas por los subsistemas cultural, social, de personalidad y orgánico establecen el marco general para la intersubjetividad de la acción social de los individuos en la sociedad y se vehiculizan a través de los actos de habla, los cuales contienen claves acerca de los significados subjetivos que son susceptibles de investigar. Por estas razones el subsistema social se transforma en el subsistema de análisis central. En efecto, no obstante estar interconectado con los otros subsistemas por los flujos de control de información y energía, ocupa una posición intermedia entre el subsistema cultural y el de la personalidad, por lo que recibe control

informativa desde el subsistema cultural y a su vez le entrega energía, y ejerce control sobre el subsistema de personalidad, recibiendo energía. El grado de información y de energía al servicio de la producción cultural tiene que ser adecuado a las exigencias de los grupos, de lo contrario, al existir una sobrecarga de alguno de los elementos se generarían crisis.

Al considerar a cualquier sociedad como un sistema, que cumple con satisfacer sus prerequisites funcionales básicos, tenemos también que admitir que dicha sociedad está conformada por partes o subsistemas que a su vez pueden ser considerados como unidades o sistemas, que a la vez desempeñan los prerequisites funcionales

básicos, reproduciéndose así el esquema sucesivamente. Por lo tanto todo país o sociedad nacional, puede ser considerado como un sistema y sus subsistemas, las regiones, provincias comunas, distritos y localidades, del mismo modo.

En todas estas realidades, entonces, es posible establecer una jerarquía cibernética de control, informacional y energética, dándose la posibilidad que a través de las redes de interacción intersubjetivas los individuos lleven a cabo producciones culturales entre las cuales se destaca la que interesa en este trabajo: el desarrollo local, que es producto de las estrategias que emergen de estas redes intersubjetivas, alimentadas por las visiones de sociedad que los diferentes grupos de status en sus espacios sociales van plasmando y articulando.

Identidad local y desarrollo

Hemos definido identidad como aquel proceso subjetivo de permanente invención de la sociedad, que procesa sus tendencias internas y recibe y asimila las influencias externas. Las combina, las recrea y las transforma, no con actitud contemplativa hacia un pasado estático de grandes o pequeñas tradiciones, sino como síntesis animada, inimitable y jamás concluida.

Cuando queremos operacionalizar el constructo «Identidad Local», generalmente nos encontramos con las siguientes características:

- Historia y tradición local
- Distinción entre lo propio y lo ajeno
- Estructura demográfica
- Relaciones y participación
- Potencial y desarrollo comunal
- Area geográfica

Si se homologan estas características con los prerequisites funcionales de todos los sistemas de acción, podemos adelantar que hay una estrecha correlación entre ellas y los prerequisites funcionales básicos.

En consecuencia, se puede sostener que en todo sistema social se está en permanente proceso de elaboración y reelaboración de identidad, la que a su vez es fuente nutricia de la diversidad en la medida que tales elaboraciones se van conjugando de manera específica de acuerdo a los medios de que dispongan y a las metas que se planteen las diversas clases sociales con sus respectivos sistemas simbólicos. De ahí que podamos decir que la diversidad es combustible de vitalidad y creatividad para el desarrollo.

Nos encontramos con una contradicción aparente entre la creación permanente de identidad y de diversidad. ¿Cómo se puede lograr identidad y al mismo tiempo generar diversidad? o ¿Cómo podríamos fomentar la identidad de una sociedad local y al mismo tiempo diseñar políticas que respeten la diversidad en esas sociedades?

Una respuesta plausible surge de la intención de Pierre Bourdieu por construir una teoría de la práctica. Para tal efecto, Bourdieu construye un aparato conceptual flexible, y el método que emplea es el estructuralismo generativo, el que le permite describir una manera de pensamiento y una manera de hacer preguntas, y en definitiva tratar de describir, analizar y dar cuenta de la génesis de la persona, y de la estructura social y grupos sociales. Pero este dar cuenta trasciende la irreconcilable perspectiva objetivista y subjetivista, para transformarlas en una relación dialéctica entre estructura y *agency*.

Las relaciones dialécticas entre estructura y *agency* han generado un debate centrado sobre el rol que las influencias estructurales e institucionales tienen en la configuración de la sociedad y el rol de las acciones de individuos y grupos en este mismo proceso.

El estructuralismo generativo que propone Bourdieu está diseñado para comprender tanto la génesis de las estructuras sociales como las disposiciones-subjetivas del habitus de los agentes que viven dentro de esas estructuras. Las principales herramientas conceptuales son los términos «Habitus» y «Field». Estos conceptos centrales son apoyados por un número de otras ideas, tales como poder simbólico, estrategia y lucha (por poder simbólico y poder material), junto con varios tipos de capital (capital económico, cultural y simbólico) etc. , entendiéndose por lo «simbólico» lo que es material pero, que no es reconocido como tal (Un buen acento, el estilo de una persona, la forma de vestirse etc.)

El poder de los sistemas simbólicos y la dominación que ellos implican en la construcción de la realidad es de gran importancia. Las formas simbólicas tales como el lenguaje, códigos de vestuario y posturas corporales son importantes en la comprensión no solo de las funciones cognitivas de los símbolos sino de la función social de los símbolos. Los sistemas simbólicos son instrumentos de conocimiento y de dominación, que hacen posible el consenso dentro de una comunidad, la significación del mundo social, y también para la reproducción del orden social. Las luchas entre sistemas simbólicos por imponer una visión social del mundo, definen el espacio social dentro del cual la gente construye sus vidas y se enfrenta al uso de la violencia simbólica de los dominantes sobre

los dominados, i.e educación, relaciones en el mercado, organización social, y aún en las concepciones del buen gusto y belleza. El espacio social es un espacio de grupos de status que se caracterizan por diferentes estilos de vida. Resulta del conjunto de campos (Field), que comparte una persona, este espacio social está atravesado por los sistemas simbólicos de los grupos de status. Las luchas simbólicas sobre la percepción del mundo social pueden tomar dos formas diferentes. Por el lado objetivo pueden actuar a través de representaciones (individuales o colectivas) en orden a demostrar y valorizar visiones particulares de la realidad. Por el lado subjetivo pueden actuar a través del uso de estrategias de auto-presentación o tratando de cambiar categorías de percepción y apreciación del mundo social.

La configuración de la sociedad en subsistemas que deben desempeñar funciones elementales se permea con los sistemas simbólicos de los diferentes grupos de status originando la diversidad dentro del sistema (Sociedad), e inmediatamente exige que se pongan en marcha los mecanismos del proceso de formación de identidad. La articulación necesaria para viabilizar el proceso de gestación de identidad entre la diversidad de grupos de status pasa por el uso de los medios simbólicos de intercambio o transacciones propias de cada sub-sistema de la sociedad. Estos medios pueden ser el dinero, el poder, la influencia o el compromiso. Resulta conveniente en una sociedad en que impera un sistema político democrático, con un régimen democrático de corte presidencial, utilizar la influencia y el compromiso como medios preferentes para lograr integración y mantenimiento de patrones que son las condiciones adecuadas para procesar la identidad, que a su vez favorece el logro de una

de las metas prioritarias de la sociedad, como es el desarrollo.

Así de esta manera se supera la contradicción entre la diversidad e identidad, respetándose la primera e impulsando la segunda, de manera que así podremos alcanzar el desarrollo sin los trastornos que hasta aquí nos han acompañado en este intento.

En consecuencia, para que un proyecto de desarrollo regional se desarrolle efectivamente,

no debería imponerse desde la jerarquía administrativa de la región, sino que debería auscultar lo que están procesando los diversos grupos de status en la región, y en lo posible contribuir a fomentar y fortalecer aquellos mecanismos de articulación entre esos grupos, poniendo en juego la influencia y el compromiso entre los diferentes grupos de status. Solo así la región estará en condiciones de asegurar su desarrollo, mediante la consolidación de su identidad y, a su vez, respetando las diversidades existentes.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1984). *Outline of a Theory of Practice*. New York: Cambridge University Press.
- Campbell, A. & Converse. (1972). *The Human Meaning of Social Change*. New York: Russell Sage Foundation..
- Cardoso, Fernando H. (1972). "Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia". *Revista Latino Americana de Ciencias Sociales* N° 4.
- Eisenstadt, S. N. (1976). "The Changing Visión of Modernization and Development", en W. Schramm y Daniel Lerner: *Communication and Change: The Last Ten Years and The Next*, University of Hawai Press.
- Habermas, J. (1989) *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I Racionalidad de la Acción y racionalidad social*. Edit. Taurus Primera Edición.
- Harker, CH. Mahar, C. Wilkes (1990). *An Introduction to the work of Pierre Bourdieu* McMillan Press Ltd. Londres.
- Hirschman, Albert. (1965). "Obstacles to Economic Development", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 13.
- Honneth, Axel, Knodler-Bunte, Eberhard, y Widman. (1981) "The Dialectics of Rationalization: An interview with Jurgen Habermas, Telos, 49.
- Hoselitz, Bert, (1960). "Social Structure and Economic Growth", in *Sociological Aspects of Economic Growth*, Free Press. U.S.A.
- Lerner, Daniel. (1958). *The Passing of Traditional society*, Free Press, U.S.A.
- Marans, R.W. & Rodgers, w. (1975). *Toward an Understanding of Community satisfaction* en Hawley A.H. & Rock, U.P. (Eds.). *Metropolitan America in Contemporary Perspective*: New York: John Wiley.
- Moore, Wilbur. (1964), "Social Aspect of Economic Development", en R.L. Faris (Ed.), *Handbook of Modern Sociology*. Rand McNally.
- Moore, Wilbur, (1964), "Social Aspect of Economic Development", en R.L. Faris (Ed.), *Handbook of Modern Sociology*. Rand McNally.
- PNUD (1994). *La Dimensión Política del Desarrollo Humano*. Santiago de Chile.
- Quijano, Anibal. "Dependencia, Cambio Social y Urbanización en Latino América", en Cardoso, Fernando H. y Weffort, Francisco (Eds.) *América Latina: Ensayos e Interpretación Sociológica-Política*. Santiago. Universitaria. Chile.
- Skinner, Quentin (1991). *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*. Cambridge University Press. Cambridge. England.
- Turner, Jonathan (1987). *The Structure of Sociological Theory*
- Wuthnow, J.D. Hunter, A.. Bergesen, E. Kurzweil (1988). *Análisis Cultural*. Paidós Estudio. Bs.As. Argentina.